

PONENCIA DE REACCIÓN: “HABLAR DE CRISTO EN UNA SOCIEDAD SIN DIOS”
 Antoine Holleman, Distrito de Países Bajos -Iglesia del Nazareno

¿Cómo hablar significativamente de Dios y la vida cristiana en una sociedad secular y post-cristiana? Escribí mi respuesta a los documentos de Eugenio y Leclerc con esta pregunta en mente. Mi contexto es Holanda, una sociedad secular y multicultural donde la Iglesia ha sido marginada. ¿Cómo hablar de Dios cuando muchos asocian al cristianismo con sistemas religiosos represivos? ¿Cómo hablar de vida santa cuando muchos culpan a los cristianos por su ética defectuosa?

La teología Cristocéntrica requiere de obediencia

Con los años, me he convencido del imperativo de una expresión fresca de nuestra fe a partir de un renovado énfasis en la teología bíblica, similar a la contribución de Karl Barth en la primera parte del siglo XX. Más que cualquier otra cosa, se necesita una comprensión renovada del testimonio de la Escritura. Por lo tanto, aprecio en ambos documentos la concentración en la vida de Jesús según se narra en los Evangelios. Para devolver a Jesús a la iglesia necesitamos devolver a Jesús a nuestra teología por una concentración renovada en la Escritura.

La sabiduría de la decisión del concilio de Calcedonia en 451 dC es que estableció límites para evitar interpretaciones parcializadas, sin explicaciones del misterio o la resolución de la tensión. Cristo es completamente divino y completamente humano, sin confusión, cambio, división o separación. Esto significa que debemos hablar de Cristo en una doble vía; Él es completamente divino, la imagen de lo invisible (Col. 1:15), y es completamente humano como un segundo Adán (1 Corintios 15:45). Por lo tanto, nos proporciona un conocimiento autorizado de Dios y de lo que significa ser humano a la imagen de Dios. Leclerc toca a ambos y Eugenio se enfoca principalmente en el segundo, con su visión de Cristo como el Hijo obediente y el Humano dependiente.

Estoy de acuerdo con el enfoque de Leclerc describiendo el carácter de Dios desde el retrato humano de Jesús, así como el llamado a compartir una vida de humildad encarnacional, llena del Espíritu de Dios para resistir la tentación de ejercer inapropiado poder. Además, aprecio su perspectiva de que Jesús también murió por aquellos contra quienes se ha pecado, y el llamado a la solidaridad con los que sufren. El modelo que ella ofrece ayudará a la Iglesia a hablar de Dios en un ambiente post-cristiano y a ser testigos en un mundo lleno de represión. La experiencia dominante de un número creciente de personas que se sienten que se ha pecado en su contra. Llevar el Evangelio como una buena noticia para estas personas requiere un énfasis o disposición diferente al presentar el Evangelio, así como un matiz diferente.

Eugenio presenta una descripción trinitaria de la identidad de Jesucristo en la que combina una Cristología kenótica y neumática a la vez. Jesús es el Hijo obediente del Padre que se vació añadiendo a sí mismo nuestras debilidades humanas, y convirtiéndose en el Humano dependiente del Espíritu Santo. Su objetivo es corregir la tendencia hacia una cristología adopcionista carente de características pneumatológicas. No estoy lo suficientemente inmerso en los modelos teológicos trinitarios actuales para comentar su modelo trinitario, pero sí quiero reflexionar sobre las implicaciones de su modelo. ¿Está su representación de Jesús ayudando a la Iglesia a presentar a Cristo al mundo y animando a las personas en la Iglesia a ser más como Jesús? A pesar de un enfoque bastante abstracto y técnico, su modelo puede ayudar a los pastores en la forma en que presentan a Jesús a la gente. Les ayudará a presentar a Jesús como el ejemplo para una vida de santidad y para a que las personas establezcan las prioridades correctas.

La palabra clave para mí que une ambas ponencias es la obediencia. La obediencia es una expresión de humildad y reconoce que los individuos juegan un rol en el diseño de Dios para su creación que reemplaza perspectivas personales individualistas. Jesucristo nos llama a una vida de obediencia al Padre y de dependencia del Espíritu, para vivir una vida de servicio que refleje

la humildad de Dios. En sociedades altamente individualistas que enfatizan la autonomía humana y la autorrealización, este mensaje cristiano se vuelve contracultural, y desafortunadamente, en muchas de las iglesias también.

Conociendo a Cristo

¿Cómo debemos proceder? La pregunta que hizo Jesús, “¿Quién dicen que soy yo?” fue en respuesta a la conversación de la gente acerca de Jesús. La multitud había escuchado hablar a Jesús, observó su interacción con la gente y sus diversos milagros y trató de llegar a una interpretación sobre quién es Jesús. Su punto de partida fue el hombre de Nazaret, hijo de María, pero a medida que se familiarizaron con esta persona, sus descripciones de Jesús se movieron más allá de las dimensiones históricas y humanas. Finalmente, fue Pedro quien hizo la confesión: “Tú eres el Cristo” (Marcos 8:29; Lucas 9:20), y expandida en Mateo 13:16 con las palabras: “El hijo del Dios viviente”. El movimiento de conocer a Cristo en los Evangelios es de lo humano a lo divino.

En sus palabras sobre la kénosis de Cristo, Pablo reconoce este orden. Declara que Cristo se halló “en la condición de hombre” (Filipenses 2: 8). Apareció como completamente humano, y su naturaleza divina solo fue reconocida a medida que iba madurando la relación de las personas con él. Esta es la forma en que los Evangelios cuentan la historia de Cristo. Aparte de las narraciones sobre el nacimiento en Mateo y Lucas, Jesús apareció de repente en las orillas del río Jordán como un ser humano pleno y comenzó su ministerio. A medida que la gente observaba lo que Jesús decía y hacía, comenzaron a reconocer que Jesús no era solo un humano ordinario, abriéndose la puerta a las especulaciones sobre su identidad.

El orden de conocer a Jesús comienza con la presentación humana del Dios encarnado. Y como consecuencia de la encarnación, más que las palabras y los modelos teológicos es la impresión combinada sobre todos los sentidos humanos lo que desencadenan las preguntas de

quién es este Jesús. Además, cuando Juan el Bautista estaba en duda y envió a sus discípulos a Jesús para preguntarle si él era el prometido, Jesús respondió: “Vayan y cuéntenle a Juan lo que están viendo y oyendo: Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas nuevas” (Mateo 11: 4-5, NVI).

Si el orden de conocer a Cristo es de la naturaleza humana a la naturaleza divina, ¿cómo debería guiarnos para presentar a Jesucristo al mundo? En lugar de comenzar con palabras, debemos comenzar con la teología encarnada, mostrando nuestra fe por nuestras obras, como se recomienda en Santiago 2:18. Como cuerpo de Cristo, debemos presentar al mundo al Cristo tangible y encarnado, para que la gente empiece a preguntar: “¿Quiénes son estas personas que se llaman a sí mismas cristianas?” En una sociedad pos cristiana, la Iglesia solo puede recuperar la confianza de la gente por sus obras. ¡No más palabras vacías! Esta tarea de recuperar nuestra credibilidad al mostrar nuestra fe en nuestras obras de compasión hacia las personas de afuera que no asisten a la iglesia, y al mostrar cómo la iglesia trata internamente las diferencias de opinión, proveen el "por qué" de la santidad. Para que podamos hacer lo que creemos, necesitamos la transformación interior del Espíritu Santo para llegar a ser como Cristo en las obras.

En mi opinión, Leclerc y Eugenio nos han proporcionado las herramientas para el testimonio apropiado de Cristo en las sociedades seculares y post cristianas. Creyendo que Dios puede ser finalmente conocido en la vida de un ser humano, no solo necesitamos descubrir el retrato humano de Jesús en nuestra imagen de Dios, sino también vivir esa misma vida de servicio y humildad en un mundo basado en el poder. Al describir a Jesús como el Hijo obediente del Padre y el Humano dependiente, Jesucristo se convierte en modelo para que sigamos en una

vida de santidad. Jesús es la máxima revelación del carácter de Dios y de la esencia del ser humano.